

Un milagro de la Virgen del Tepeyac en Roma

Nos ha parecido muy á propósito poner aquí la relación de un milagro auténtico que en Roma, en la Iglesia de San Nicolás *in Carcere*, hizo á la vista de todo un pueblo una Imagen de la Virgen Guadalupana que allí se venera, y de cuyo milagro dieron fe y testimonio en el proceso ó información que al efecto se instruyó, más de ochenta personas respetables. Dicho milagro no fué, pues, una conseja vulgar, de esas que el pueblo acoge sin reflexión y propaga sin discernimiento. El dió lugar á una información; con motivo de él se instruyó toda una causa, causa que concluyó con una auténtica. Su verdad, pues, consta plenísimamente.

Ahora, leed:

«De los prodigios obrados por muchas sagradas imágenes, especialmente de María Santísima, según los

»procesos auténticos compilados en Roma. Memorias
»extractadas y razonadas por D. Juan Marchetti, Examinador Apostólico del Clero y Presidente del Jesús.
»Con breves noticias de otros prodigios semejantes,
»comprobados en las curias Episcopales de los Estados
»Pontificios.»

Tal es el título de una obra publicada en Roma. En esa notable publicación y al capítulo que lleva el nombre de *Imagen XXV* se encuentra la siguiente relación que hasta hoy permanece ignorada entre nosotros, no obstante la antigüedad que parece tener el suceso, y por tanto creemos será leída con gusto por todos aquellos compatriotas nuestros, que, guardando en sus corazones la fe sagrada de nuestros mayores, tienen la idea de profesar un tierno amor y rendir culto á la portentosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, Madre dulcísima y esperanza firme de la Nación Mexicana.

DE MARÍA SANTÍSIMA LLAMADA DE GUADALUPE, PUESTA EN LA IGLESIA
COLEGIATA DE SAN NICOLÁS «IN CARCERE TULLIANO»

Colocada sobre la grada del altar dedicado á San Juan Bautista, que está en la primera Capilla hacia la mano derecha, entrando por la puerta principal de la referida Iglesia, se venera esta devota y serenísima Imagen, que por su misma forma recuerda el grande y amoroso prodigio que dióle origen en México, en la América Septentrional, donde se halla su célebre Santuario de Guadalupe. La piadosísima Virgen se retrató en cierto modo por sí misma bajo esta figura, cuando en una de sus apariciones al humilde Juan Diego, de Cuautitlan, colocó por

sus propias manos en la tilma que aquél llevaba, las prodigiosas y frescas rosas, que le había mandado cortar en el cerro del Tepeyac, y las cuales imprimieron en aquella tela la hermosa efigie, que es enteramente la misma que aun se conserva y se venera en Guadalupe, monumento perpetuo de tal prodigio y tierno objeto de tanta veneración en aquellos pueblos (1). Está, pues, pintada en aquella especie de capa ó manta desplegada, sostenida en el aire por un querubín y expresa la figura entera de María Santísima, teniendo bajo sus plantas el símbolo de la media luna, de que hablan las Santas Escrituras, como indicio de su consoladora y original belleza: *pulchra ut luna, electa ut sol*. Tiene allí la Reina de los Angeles el aspecto de una Virgen en edad juvenil, lo que tiende á despertar la idea de su Inmaculada Concepción; y la cabeza naturalmente erguida, pero en una situación humilde y devota. Sus ojos están suficientemente abiertos, pues que los párpados superiores descienden á cubrir cerca de la mitad del globo, dejando libre á la vista de los espectadores una porción bien distinta de las pupilas y de la parte blanca que las circunda. Observando en seguida la dirección de los ojos mismos, no se descubre que se hallan fijos en determinado objeto; por lo contrario, están modestamente inclinados hacia el suelo, y tiene además la Santísima Virgen las manos juntas sobre el pecho. La pintura á que nos venimos refiriendo está hecha al óleo sobre el lienzo por un buen artista moderno: tiene de altura cerca de cinco palmos arquitectónicos, y el ancho es proporcionado á

(1) Véase sobre esto la Breve Relación impresa aquí en Roma, por el año de 1792.

la figura. No há muchos años que de este cuadro hizo donación á la mencionada Iglesia un piadoso sacerdote ex-jesuita, hoy difunto, que tuvo el devoto y constante empeño de propagar en los corazones de los fieles la veneración y el culto hacia aquella portentosa Imagen de la Santísima Virgen María (1).

«Comenzó, pues, el día 15 de Julio á notarse en la referida Imagen el portento de que tratamos, con tanta evidencia de todos, que á un tiempo mismo se llenó la Iglesia de gente, y no pocos del pueblo fueron á tocar las campanas como para llamar á fiesta. Y era en verdad un dulcísimo consuelo para todos los concurrentes ver de continuo un movimiento amoroso de las pupilas, que sin apresuramiento ni tardanza, sino de aquel modo que es natural á una persona tranquila que mira en torno, se volvían hacia una y otra parte internándose hasta los ángulos opuestos del ojo mismo y después volviendo á colocarse naturalmente.

«A vista de tan estupendo prodigio, dice el Sr. Don Miguel Arcángel Reboa (2), Arcipreste de aquella Iglesia y que acudió al escuchar el sonido de las campanas, me sentí desde luego poseído de un horror sagrado, y como si estuviera fuera de mí, apoderándose después de mi alma dulzura tal y tanto consuelo, que me faltan palabras suficientes á explicarlos y solamente puede comprenderlos quien, como yo, los haya sentido.» A contar desde aquel día la Iglesia fué de tal manera frecuentada por un número tan crecido de personas de toda calidad, estado, etc., que se puede decir que constantemente es-

(1) V. Proc. C. 313.

(2) Testim. 77, Proc. C. 314.

taba llena, en términos de que por varios días hubo necesidad de tenerla abierta á todas horas, aun durante la noche.

«El portentoso continuó obrándose hasta la conclusión del mes de Julio; y según refiere el testigo indicado, vió en todo aquel tiempo con sus propios ojos en días, horas y circunstancias diversas repetirse el mismo milagro innumerables veces. El pueblo llegó, en fin, á dar unánime testimonio de ese prodigio en las aclamaciones con que le celebraba, y así lo declara también el padre Cristóbal de Vallepietra, Lector Teólogo en este Convento de Capuchinos, que estuvo en San Nicolás el Domingo 17 del referido Julio (1). Dicho religioso hizo prolijas observaciones sobre la posición ordinaria de los ojos de aquella devota Imagen, y se colocó para observarla en un punto á propósito y cercano desde donde se descubrían aún los menores accidentes del objeto. Como había hecho particular estudio de las reglas de la óptica procuró el buen religioso prevenirse contra cualquiera ilusión, cosa que le fué tanto más fácil, cuanto que no estaba preocupado por la Santa Imagen, que antes no le era conocida: y después de haberse fijado bien en el espacio que dejaban los entreabiertos párpados, se ponía á orar con los ojos bajos para mantener fresca la vista, y poder observar mejor el prodigio tan luego como escuchase las acostumbradas exclamaciones del pueblo. *Mirad, mirad*, oyó á poco que dijeron todos á una voz, *¡viva María!* «Y levantando entonces tranquilamente la vista, miré, dice, quebrantadas las leyes de la naturaleza, y observé que aquellos ojos, pintados con colores en

(1) V. Test. 78, Proc. C. 317.

una tela, prodigiosamente comenzaban á abrirse, y con un movimiento lento, grave y majestuoso se elevaban los párpados superiores, hasta el grado de dejar ver la pupila entera circundada de color blanco. Vi además que los mismos párpados estuvieron abiertos por espacio de cuatro segundos cuando menos, y después, con el propio movimiento lento, grave y majestuoso se bajaron y volvieron á tomar su primitiva posición (1). Enternecidos, como es fácil imaginarse, todos y cada uno de los circunstantes, derramaban lágrimas de consuelo y prorumpían en voces de júbilo, de contrición y gratitud. Edificaba sobre manera la sencilla y viva fe de aquel buen pueblo, que tan luego como cesaba tan admirable portentoso, comenzaba á rogar con ardor á la inmaculada Madre, diciéndole: «*Santísima María, otorgadnos de nuevo la gracia y el consuelo de que los volvamos á ver:*» y la benignísima Señora dignábase en efecto consolar á aquellas gentes abriendo nuevamente y volviendo en torno sus ojos maternales.

«Hiciéronse también más repetidas y prolijas observaciones en aquel mismo día por un hábil y distinguido artista (2) que á pesar del sumo trabajo que tuvo para acercarse al cuadro de la Santísima Virgen, cuando lo hubo logrado atravesando por entre la multitud, tuvo el consuelo de ver, con la misma evidencia que lo atestiguan todos, aquel amoroso girar de las pupilas, el modo tan natural de levantar y bajar los párpados y el estarse renovando un prodigio semejante con intervalo de unos cuantos minutos (3). Hallábase cabalmente en-

(1) Cit. C. 317 T.

(2) Testim. 80, Proc. C. 322, T. 323.

(3) Proc. C. 322, T. 323.

tonces sobre la grada del altar hacia el lado del Evangelio, y de allí quiso pasar al opuesto para ver desde diverso punto el ya observado prodigio, y viólo, en efecto, *otras dos ó tres veces*, en los mismos términos que la primera. El sábado siguiente volvió á la Iglesia con el objeto de repetir sus observaciones, y de la misma manera tornó á ser testigo varias ocasiones de semejante portentoso.

»Deponen enteramente lo mismo otros dos testigos entre los muchos examinados en el Proceso (1), los cuales se encontraron colocados en un lugar muy cercano á la Sagrada Imagen, y vieron con toda certeza obrarse repetidas veces el prodigio: agregando el último de ellos que los sagrados párpados estuvieron más de una vez levantados por espacio de cerca de una *Ave María*, antes de recobrar su ordinaria situación. Y racionando según las buenas reglas de óptica advierten (2) que ni los rayos del sol ni las luces artificiales podían en manera alguna influir reberverando ó reflejándose para producir aquel maravilloso fenómeno, que en tal caso habría sido desigual, inconstante, irregular, ó por el contrario, fijo y sin cambiarse, si realmente hubiese tenido origen en una causa extrínseca y firme. Véase sobre todo esto el mismo testimonio 83 y las demás declaraciones unánimes, esto es, las comprendidas bajo los números 77, 78, 80, 82, etc., etc.»

(1) Testim. 82, 83. Proc. C. 329, etc., 337, etc.

(2) Ibid. C. 338.

IV

Segundo argumento : La aprobación de la Sede Apostólica demuestra la verdad de la Aparición de la Virgen en el Tepeyac.

LA Iglesia, Depositaria y Maestra infalible de la verdad, confirma con su autoridad la Aparición de la Virgen en el Tepeyac: luego es imposible que esta Aparición como la tenemos sea falsa.

Se prueba.—Desde Alejandro VII hasta Pío IX se cuentan nueve Pontífices Romanos, que de un modo más ó menos explícito concurrieron á la propagación del culto y devoción á la Virgen del Tepeyac. Hemos dicho hasta Pío IX, porque este Soberano Pontífice, movido por su devoción á la Virgen del Tepeyac, mandó dedicarle en Roma una nueva Capilla en la antigua Iglesia de San Nicolás *in carcere*.

Examinemos aquí solamente lo que hizo Benedicto XIV, así porque fué el que más promovió el culto de la Virgen de Guadalupe, como porque en materia de Ri-